

LA BIBLIOTECA DEL HÉROE*

Gabriele Bizzarri
Università degli Studi di Padova, Italia

We cannot know the past except through its texts: its documents, its evidence, even its eye-witness accounts are texts. Even the institutions of the past, its social structures and practices, could be seen, in one sense, as social texts.

Linda Hutcheon
A Poetics of Postmodernism

En 1997, después de siete novelas consagradas a las aventuras de Maqroll el Gaviero, Álvaro Mutis publica *Contextos para Maqroll*¹, una curiosa recopilación de textos breves –notas de lectura, conferencias etc...– que se alejan del protagonismo absoluto del famoso viajero de las *Empresas y tribulaciones*² pero que, gracias a una elección editorial altamente significativa, gravitan alrededor de su órbita. Maqroll es un *palimpsesto*. De manera tal que exige la reconstrucción de un contexto *ad hoc*, la preparación de una galaxia de textos colindantes útiles para enmarcar su génesis en cuanto “fenómeno cultural” dependien-

* El presente ensayo pone al día y traduce uno mío de 2005, aparecido en italiano: Bizzarri, Gabriele. “La biblioteca dell’eroe”, *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, VIII, 2005, pp. 101-129.

¹ Mutis, Álvaro. *Contextos para Maqroll*. Montblanc: Igitur, 1997.

² Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* (2 vols.). Madrid: Siruela, 1993.

te de la visión del mundo de su autor, con un énfasis puesto en esa parcela de realidad definida por sus lecturas³. La imagen de Maqroll requiere ser proyectada en el telón de fondo de la biblioteca ideal de su autor, coincidiendo con el fruto imaginario del diálogo establecido con los textos amados, re-leídos y re-imaginados de su canon privado. Esta perspectiva de análisis está autorizada por el hecho de que la relación con lo *ya dicho* queda tematizada en la obra como resorte principal de la acción novelesca; en otras palabras, dentro del ciclo, es el mismo Gaviero quien concibe sus empresas como reproducciones imperfectas de un *modus vivendi* que ya ha dado su literatura⁴. En el proyecto del autor, sus viajes nacen de –y aspiran a reanudar vínculos con– un catálogo immaginario en el que la palabra escrita ya ha impreso en el papel los rasgos del modelo heroico, intermitente y borroso en el hoy en día.

En las páginas que siguen me concentraré en un momento tópico de la generalizada tendencia con la que se señala la matriz textual de personajes, espacios y situaciones: la preparación de una biblioteca privada para el recreo, la reflexión y la formación cultural del héroe. El personaje principal de la saga de Mutis no sólo se inspira en la literatura, sino que también se alimenta en primera persona de ella, cultivando directamente su propia relación con el modelo y protagonizando una empresa de formación de autodidacta de la que el horizonte textual no se cansa de dar pruebas, hasta la paradoja de la construcción de una bibliografía de *contextos* entregada en las manos del atento lector. Me refiero al apéndice de la novela *Amirbar*, cuyo emblemático subtítulo –“Las lecturas del Gaviero”– ha inspirado este artículo. Por un lado me dedicaré a investigar el sentido

³ Es interesante notar que el libro reproduce también “Las lecturas del Gaviero”, el apéndice fundamental de la novela *Amirbar* del que tendremos modo de hablar en el detalle.

⁴ Me refiero al código de la épica de aventura y viaje, respecto al cual las *Empresas y tribulaciones* aspiran a ocupar el rol del epígono, gastado por el tiempo y tristemente corregido para el uso de una contemporaneidad percibida como una caída sin remedio. En mi libro *L'epica degradata di Álvaro Mutis* (Pisa: ETS, 2006) –con respecto al cual el estudio aquí realizado representa un capítulo añadido– me dedico a analizar precisamente la relación de la saga *maqrolliana* con su género de referencia.

literario de este ingenioso y, en cierto sentido, escandaloso⁵ recurso: las repercusiones en el sistema de significación general de la obra provocadas por la apertura de esa puerta privada de recepción de la herencia tradicional dentro del espacio heróico, que se presenta de esta forma desgarrado por un agujero negro de fuerzas centrífugas. Por otro lado, trataré de circunscribir esa zona franca de interferencias que conecta las lecturas imaginarias de Maqroll con la biblioteca real de Mutis, con el sistema de elecciones, devociones y rechazos que le acompañan en su relación con la cultura libresca, a la búsqueda de un canon razonado de posibles fuentes que justifiquen un proyecto literario que habrá que rubricar bajo el lema de un insuprimible deseo normativo. Hablaré, pues, de la biblioteca de Maqroll en cuanto fundación imaginaria y en cuanto mapa cultural del exigente plan de restauración reclamado en voz alta por su autor.

1. En la biblioteca de Maqroll: “cuna y sepultura” de la vocación épica.

Ante todo, cabe precisar que “la biblioteca de Maqroll” es un no-lugar. De manera perfectamente coherente con las pautas de una existencia consagrada al eterno movimiento, no existe ninguna sede concreta que hospede los libros del Gaviero, en contraste, por ejemplo, con la famosa biblioteca del Quijote. Maqroll es un viajero, no un “ratón de biblioteca”, y los libros que estoy a punto de inventariar aparecen como fugaces compañeros de viaje, englobados dentro del esquema itinerante y descontextualizados con respecto a un hipotético espacio de erudición. Sin embargo, el impulso a la catalogación aparece legitimado por algunas características específicas del héroe:

Regresé a mi buhardilla, puse en orden los tres o cuatro libros que siempre viajan conmigo y guardé la bolsa

⁵ Si la literatura universal registra ejemplos ilustres de novelas protagonizadas por lectores empedernidos, la ruptura *mutisiana* se comprende en relación con las estrategias del epos, tradicionalmente respetuosas con la norma de la realización exclusiva y coherente del héroe en el plano de la acción. Toda digresión en el territorio de lo imaginario se convierte, así, en sospechosa.

con la ropa en el gran armario que se quejaba como un animal cansado⁶.

Como revela esta cita, el libro constituye uno de los objetos-fetiches del Gaviero: ordenar los escasos volúmenes que posee, con evidente regocijo, en el estante de un vetusto y chirriante armario es el primer impulso del marinero en tierra firme, casi un ritual privado, útil para amansar –“colonizar”– la multiplicidad de espacios ajenos que está obligado a frecuentar. En una entrevista con García Aguilar, el autor revela la importancia que adquiere para la narración el hecho de atribuirle al héroe un contexto cultural autónomo:

(...) desde el principio de la aparición de Maqroll, en mis primeros poemas, es un hombre de una formación cultural si no muy sólida, muy rica por lo menos. Sus referencias culturales y literarias son muy ricas. Ha sido un lector toda la vida y eso me interesa mucho porque le da referencias, antecedentes de su vida y de la historia del hombre (...). Así esta especie de telón de fondo (...) lo tiene el Gaviero siempre presente y me gusta mucho que lo tenga⁷.

En primer lugar, sus lecturas le confieren al Gaviero los «antecedentes de su vida», le dan la ilusión de una vivencia, convirtiéndose en herramientas esenciales para que dé el salto desde el estatus de voz lírica heterónima al de personaje narrativo independiente⁸. Además, crean alrededor suyo una red de enlaces psicológicos e ideológicos que ayudan a situarlo en un momento

⁶ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. II, p. 324.

⁷ García Aguilar, Eduardo. “Viaje al mundo de la novela con Álvaro Mutis”. En: *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*. S. Mutis Durán, editor. Cali: Proartes, 1988, p. 324.

⁸ Como intuye claramente Léfort, esa metamorfosis –que marca el pasaje entre los libros poéticos de la *Summa* y las novelas de las *Empresas*–, se propicia también gracias a la creación de una dimensión metaliteraria (Cf. Léfort, Michèle. *Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2001).

preciso de la «historia del hombre»⁹, relacionando su génesis con fuentes autoriales precisas.

Pero, más allá de las intenciones declaradas, la praxis de la referencia cultural revela, en el curso de la obra, una distintiva problematicidad. La invitación a ir hojeando los libros de Maqroll se conforma como un rotundo fracaso del proyecto de refundación épica referible a las novelas de Mutis, en la medida en que representa una fuga necesaria hacia ese museo de la tradición –del que la biblioteca representa una extensión ideal– que se asocia con un escenario sintomáticamente reducido para la acción del héroe. Se señala así el riesgo de la archivación museográfica de un material que aspiraría a re-vivir en la libertad de los rumbos marítimos:

De los *tramp steamers* en los que navegaron y de los que derivó la familia de Bashur su mediocre fortuna, sólo quedan en el mar dieciséis, convertidos en objetos de museo. Se enseñan en los libros como si se tratase de exóticos supervivientes de un remoto pasado¹⁰.

Sería suficiente esta afirmación, llena de una nostalgia significativa, referida al otro objeto-fetiché del ciclo, para atestiguar el horror profesado por el discurso mutisiano hacia la esterilidad de la institución cultural. Las salas de la biblioteca que estamos a punto de recorrer subrayarán el estatuto descontextualizado, fatalmente alejado de las rutas vitales del ser moderno, del oficio de Maqroll: al finalizar la tarea, el último texto del archivo será precisamente la biografía del reacio bibliotecario. Pero si los anaqueles se cubrirán del polvo de la añoranza y del olvido que le compete a toda expresión coherente del objeto en de-

⁹ Acerca de esto, la entrevista citada documenta una sintomática reticencia de Mutis, que interrumpe a su interlocutor en el momento en que está a punto de desplazar hacia un nivel descaradamente autobiográfico la contextualización cultural creada para enmarcar al personaje: “Entramos aquí a la aceptación de que la cultura occidental es milenaria y de que a lo largo de ese recorrido desde las viejas culturas helénica y romana, pasando por la Edad Media, Bizancio etcétera, se han producido obras extraordinarias, y conservado el acervo cultural humano. Ante eso nos inclinaremos... –Desde luego que éste ya no es Maqroll sino yo...” (García Aguilar, Eduardo. “Viaje al mundo de la novela con Álvaro Mutis”, pp. 342-343).

¹⁰ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. II, p. 219.

suso; la veneración por el libro, en cuanto testimonio postrero de un pasado irrecuperable, evidenciará su valor simbólico sustitutivo permitiendo colocar en el sitio que le corresponde al último anillo de una noble cadena. En otras palabras, el tema de la biblioteca representa una puesta en abismo de la contradictoria relación que el autor establece con la tradición, verdadero “mástil” de su escritura.

En el ya citado “Apéndice: las lecturas del Gaviero”, Mutis se acerca a la estudiada creación de un simulacro imaginario de las aspiraciones culturales de su personaje:

No se trata, en este caso, de presentar al Gaviero como alguien que haya dedicado especial atención al mundo de las letras. Nada más ajeno de su carácter y nada que le pareciera más distante y sin objeto que una inclinación parecida. El Gaviero era, eso sí, un lector empedernido. Un incansable devorador de libros durante toda su vida. Este era su único pasatiempo y no se entregaba a él por razones literarias sino por necesidad de entretener de algún modo el incansable ritmo de sus desplazamientos y la variada suerte de sus navegaciones. No es fácil, por ende, el seguir la pista de cuáles eran sus libros preferidos, aquellos que le acompañaban dondequiera. Sin embargo, creo que podría mencionar algunos¹¹.

En las palabras del habitual cronista-biógrafo se nota cierta perplejidad, una cautela, a primera vista, no del todo justificable. El Gaviero no es un hombre de letras, “nada más ajeno de su carácter”, sino más bien un “aficionado” de la biblioteca, un viajero erudito y curioso. Mutis se muestra del todo consciente en el hecho de que está infringiendo un tabú con la creación de un hombre de acción fascinado por las letras, e intenta proteger el pragmatismo de su héroe justo en el momento en que se dispone a exponer sus excéntricas debilidades. En esta caracterización cauta se percibe el miedo a una peligrosa re-distribución

¹¹ *Ibid.*, p. 181.

de fuerzas: el espacio recorrido, por muy inadecuado que se presente, tiene que coincidir con la realidad de la experiencia y no puede desbandarse hacia el imaginario de la posibilidad. Esta precisión en el caso de Maqroll, no puede darse por descontada y pone al descubierto una de las contradicciones que caracterizan la versión contemporánea de la aventura. Por el momento, es necesario considerar el dato de una precisa funcionalización de la personalidad lectora de Maqroll dentro del esquema representativo escogido: la lectura constituye una actividad paralela que no obstaculiza el flujo creíble del viaje por mar, sino más bien, está llamada a *divertir* al héroe en las pausas de monotonía que éste le concede. Sin embargo, ¿se puede realmente considerar el de la lectura como un pasatiempo más?

El primer título al que se hace mención en el catálogo remite al género de las crónicas históricas:

El que creo haberle visto siempre y que llevaba en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón de marino, era *Mémoires du Cardinal de Retz*. Por cierto que se trataba de la bella edición hecha en Amsterdam por J. F. Bernard y H. de Sauzet en cuatro volúmenes. Uno de ellos siempre iba con Maqroll y los demás reposaban en su eterna bolsa de viajero¹².

En cuanto inesperado en la colección de un aficionado, el ejemplar poseído por Maqroll del libro de Jean François Paul de Gondy, arzobispo de París y cardenal de Retz, es una pieza de anticuario, una “joya bibliográfica”¹³ que el marinero, con cierta liviandad, lleva consigo como un manual de consulta, guardado “en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón” como si fuera un mapa náutico. La ambición de una biblioteca “de bolsillo”, que se vive y disfruta en lo cotidiano, representa una primera característica destacable, que contrasta, sin embargo, con el prestigio bibliográfico de los textos que resulta sospechoso de cierto esnobismo cultural. Reconstruyendo un diálogo que tie-

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*, p. 182.

ne lugar en una taberna de mala muerte de Baltimore, el narrador nos refiere que “para reforzar no sé qué argumento [...] el Gaviero sacó esa noche el tomo que llevaba de las *Mémoires* de Retz”¹⁴. Confundido y curioso ante tan mayúsculo desajuste entre la situación prosáica y el objeto precioso, el que juega el papel del autor reacciona conforme a su posición de hombre de letras:

No pude menos de preguntarle cómo había llegado a sus manos semejante joya bibliográfica y si no era arriesgado andar con ella por el mundo así, sin mayores precauciones. [...]

– Los únicos libros que uno pierde son los que no le interesan. Este del Cardenal estará siempre conmigo. Es el libro más inteligente que se ha escrito jamás¹⁵.

Maqroll sabe poseer perfectamente una verdadera “maravilla” para coleccionistas, robada despreocupadamente como “prenda de amistad” a cierta amante adinerada; sin embargo no se conforma con archivar en un “museo” un objeto que demuestra establecer relaciones fértiles con la materia inestable y confusa de la existencia. Paradójicamente, una tasca portuaria constituye un lugar de recepción más adecuado que los salones asépticos de una biblioteca. Volver a poner la cultura en contacto con el mundo, con el hombre y su engorroso peregrinaje existencial: éste parece ser el programa de este arriesgado héroe letrado, que pretende descontextualizar las reliquias y arrastrarlas por el caos de un presente que no está a la altura de recibirlas. Mas esta impostación “democrática” y antiacadémica contrasta justamente con el prestigio de los libros de los que el Gaviero se rodea. Y esto parece evidente no sólo por lo raro de la edición –rasgo que podríamos señalar como metáfora de otro tipo de desuso– sino también por el contenido del libro, una oscura investigación histórica de finales del siglo XVII acerca de las conspiraciones e intrigas de la corte de Francia, bien alejada del

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

gusto contemporáneo. Maqroll le da la espalda al presente y recupera como su “biblia” un incunable olvidado, proponiéndose como árbitro de un canon regresivo que tan sólo el alter ego de Mutis –un bibliófilo empedernido– está en condiciones de apreciar¹⁶. El libro del cardenal de Retz le sirve a Maqroll como *auctoritas*, útil para fundamentar su argumentación. Sin embargo se percibe que su relación con el texto va más allá de la retórica como aspira a superar las fronteras de la recepción anticuaria:

– ¡Qué lección la del señor de Gondi, arzobispo de París, hundido hasta el cogote en las delirantes conspiraciones de la Fronda que estuvieron a punto de dar al traste con Francia y con la angusta herencia de los Capeti!¹⁷

La historia –que, como veremos, representa el principal interés del Maqroll lector– permite espiar los modelos de conducta de los grandes mientras pelean con grandes acontecimientos, como altísimos *exempla* disponibles para la posteridad útiles para esclarecer el magma confuso del presente, según un clasicismo comportamental del que el Gaviero se demuestra fiel y respetuoso asesor. La palabra tradicional tiene un lugar privilegiado, perfectamente integrado en el desarrollo de la empresa contemporánea que se expresa con el viaje del héroe. El pasado está utilizado en función del presente así como la biblioteca en función de la vida. Esto por lo menos hasta que no nos demos cuenta de que el horizonte real no permite el desarrollo de circunstancias aptas para poner a prueba el perfecto funcionamiento del ejemplo comportamental aprendido en los libros, y la consulta se transforme en una fuga regresiva hacia otros mundos posibles: la realidad de los hechos será, en efecto, bastante más borrosa con respecto al “proyecto” y obligará al personaje –indeciso entre dos direcciones que se conformarán cada vez más como

¹⁶ Acerca de las disparatadas y oscuras lecturas del Gaviero, afirma Cobo Borda, Juan Gustavo en *Para leer a Álvaro Mutis*. (Bogotá: Planeta, 1998, p. 121): “Mientras más raro mejor. Mientras más lejos, más revelador”. Como veremos, estos parámetros de desuso le sirven al personaje para adquirir una oportuna distancia focal con respecto a su presente degradado. ¿Truco de la mirada para ver mejor y juzgar más claramente u aislamiento voluntario en la ceguera regresiva?

¹⁷ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. II, p. 182.

incompatibles— a tomar en cuenta seriamente la posibilidad de una reclusión culpable dentro de la biblioteca, en cuanto garantía de una posibilidad heroica irrecuperable por otras vías.

La admiración del Gaviero por el libro de Émilie Gabory nos permite entrar en el mérito de la recepción maqrolliana. Saliendo del apéndice bibliográfico, en una carta enviada al notorio cronista y también incluida en *Amirbar*, la investigación historiográfica “sobre las guerras de la Vendée” da lugar a una digresión erudita en la que el personaje diserta acerca de la debilidad política de Carlos X, el principal artífice de la caída del trono de Francia en manos de la familia de Orléans — cambio tachado de “oprobioso ascenso del usurpador y perjuror” en contra de los derechos añejos de la “rama legítima”¹⁸. El interés por el error memorable de uno de los grandes protagonistas de la historia, que da pie a la explosión de la barbarie, le absorbe completamente al Gaviero:

Relectura gratificante como pocas por el rigor, la minucia, y el ponderado criterio histórico que aplica el autor al estudio de uno de los episodios más complejos, accidentados y recorridos por extrañas corrientes de origen incierto, de una época tan rica en tal clase de manifestaciones.

(...)

Me gustaría alguna vez hacer un recorrido retrospectivo para verificar si esta (...) conducta política se encuentra también en las anteriores ramas de los Capeto: los Valois, los Valois-Angulema y los primeros Capeto. Como sé que a usted también le distraen estos pequeños grandes enigmas de la historia, le dejo esa inquietud con la esperanza de que un día me comunique los resultados de su pesquisa¹⁹.

La “pesquisa” que el personaje le confía a su autor —descubrir ejemplos de cierta debilidad pragmática “en las anteriores ra-

¹⁸ *Ibid.*, p. 175.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 174-175.

mas de los Capeti” – alude a otro cotejo implícito, infinitamente menos noble: la reconstrucción de los *traits-d’union* entre la decadencia de la dinastía francesa y los vulgares errores macroscópicos que caracterizan el declino contemporáneo. En efecto, una constante ordena en un único, simbólico macrotexto los tratados historiográficos a los que Maqroll se demuestra devoto: todos ellos tienden a evidenciar una *crisis*, intentando esclarecer un peculiar momento “cataclísmico”, preludio de un largo período de oscurantismo. Las encrucijadas históricas de las que se interesa el Gaviero atestiguan la costumbre de demorar en los *elementos del desastre*, en las causas del desmoronarse de un régimen de estabilidad milenaria que queda improvisamente desbaratado con la llegada de “extrañas corrientes de origen incierto”. No es casualidad el hecho de que el libro de Gabory acompañe al protagonista en los cuniculos de la mina de *Amirbar*, “al borde del precipicio”²⁰, durante el *nadir* de su entero recorrido existencial²¹. El Gaviero participa en primera persona en la decadencia de un Imperio ideal de legitimidad y sabiduría: el personaje está testimoniando el momento histórico en que la tradición de rigor ético y formal que cebaba una casta de héroes se está desgarrando en las pobres tramas intrascendentes de una modernidad privada de su propio centro:

Confío en que no le extrañe esta digresión en medio del relato de mi viaje a la costa peruana, ya que ha transcrito otras más de índole parecida. Desde los tiempos, hoy remotos, en que comenzó a interesarse por mis andanzas, sabe que el presente no suele proporcionarme sino descalabros absurdos o continuos desplazamientos movidos por las razones menos razonables. Qué puede tener de raro, entonces, que me distraiga hurgando en el pasado parecidos destinos o infortunios semejantes²².

²⁰ *Ibid.*, p. 174.

²¹ Según Léfort, el Gaviero buscaría en sus lecturas el reconocimiento nobilitador de su propia vocación a la derrota, “la grandeur des vaincus” (p. 161).

²² Mutis, Álvaro. Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero, vol. II, p. 175.

Por un lado, el intento de justificar “esta digresión” revela en Maqroll la percepción de un incómodo desdoblamiento de personalidad; por otro, en este pasaje, se desarrolla explícitamente la praxis de las “simetrías universales”, del diálogo intertextual entre épocas entendido como criterio general de análisis interior y lectura del mundo. En efecto, asistimos a una devaluación de la empresa itinerante llevada a cabo en el presente (“descalabros absurdos o continuos desplazamientos movidos por las razones menos razonables”), pero el viaje paralelo por las edades y los estilos, practicado gracias a la lectura, sirve a remendar las faltas del viaje concreto por la actualidad. Por una parte, esa actividad subsidiaria se demuestra tan grata que el intérprete se pierde en el ejemplo, buscando en él un papel contextual que satisfaga su aspiración. El cariño maqrolliano hacia el libro de Gabory queda documentado gracias a una anécdota que evidencia una pulsión centrífuga como resorte principal de su *pasatiempo*:

Valga aquí el recuerdo de una anécdota que me relató el pintor Alejandro Obregón y que está relacionada con esa lectura del Gaviero. (...) Cuando el encargado de turno en el puesto de policía llenaba la declaración de Maqroll y le preguntó cuál era su oficio, éste repuso altanero en su premioso inglés con acento levantino: “Yo soy un chuan extraviado en el siglo XX”. No dijo más y el exabrupto le costó veinticuatro horas de cárcel²³.

Con arrojo utópico y reaccionario Maqroll se declara –ante las atónitas autoridades de policía convocadas para aplacar una reyerta iniciada en una taberna de Vancouver– legítimo heredero de la guardia contrarrevolucionaria de Carlos X, el último de los Borbones en subir al trono de Francia. En el momento de definir su “oficio”, de aclarar su condición eternamente incierta, el Gaviero deja en segundo plano su vocación marinesca –la que, no lo olvidémos, le fija en un rol literariamente codificado y acerca, aunque de manera problemática, la obra

²³ *Ibid.*, p. 183.

de Mutis a un género determinado– y elige hablar de sí como del último heraldo de un linaje extinto. Aún teniendo presente que nos encontramos ante una provocación, no deja de ser significativo el hecho de que el Gaviero se defina como “extraviado en siglo XX”, tematizando así una relación irresoluta con el tiempo, que le condena a una existencia dos veces virtual, por la insistencia de una frontera cronológica (pasado frente a presente) y de una ontológica (lo real del mundo frente a lo imaginario del libro).

¿Dónde está entonces el confín entre la ejemplaridad y la admiración castradora? El Príncipe de Ligne –autor al que Maqroll lee “en una bella edición hecha en Bruselas en 1865”²⁴– se merece el título del “más cumplido ejemplo de gran señor que haya dado Europa”:

Su entierro en Viena, el 13 de diciembre de 1814, en pleno Congreso, fue seguido por emperadores, reyes, ministros y grandes nombres de la nobleza europea. Acompañaban hasta su última morada el perfecto *honnête-homme* del antiguo régimen, una de las pocas épocas en las que hubiera valido la pena vivir²⁵.

Los últimos protagonistas del reino de derechos y certezas de origen divino se dan cita para asistir pasmados a la instalación de lo ignoto y caótico que, en la visión póstuma del autor y de su personaje, coincide con el proceso revolucionario. Las idealizaciones conservadoras de Maqroll se fundan en el desmoronamiento del cuadro venerado, convocado a través de la instauración de una ingenua identificación afectiva con las figuras de estudiosos y escritores activamente implicados en los hechos que relatan. En la ambigüedad distintiva que los sitúa en el incierto umbral entre “hombres de letras” y “hombres de acción”, esos autores de crónicas, epistolarios y autobiografías ejemplares, antes de todo, “viven” el momento histórico de la disgregación de su mundo y, basándose justamente en la expe-

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*, pp. 183-184.

riencia, dejan testimonio de su visión sitiada. Es con esta especial clase de escritores –a los que les falta la distancia crítica y cronológica del historiador profesional– que Maqroll busca una ilusoria identificación. Como si también el Gaviero –quien se siente el último baluarte de una estirpe que está a punto de ser borrada de la historia contemporánea– aspirara a hacerse cronista-testigo de ese proceso.

Aún así, sobre este programa romántico se dibuja la sombra de un dramático error de focalización. Ante el personaje no se alzan las ruinas imponentes de un imperio del que se pueda relatar el declive. En la época contemporánea todo ya ha pasado: ante esa oscura sospecha decae toda identificación emuladora y la personalidad maqrolliana empieza a titubear, desahogándose en el “periodo hipotético” de la imposibilidad regresiva: el *Ancien Régime* se convierte en “una de las pocas épocas de la historia en la que hubiera valido la pena vivir”²⁶. Declaraciones similares podrían aplicarse también a otros grandes Imperios del pasado destinados a resonar una y otra vez en el macrotexto mutisiano (el esplendor bizantino de los paleólogos, la edad de oro de los zares, la España gloriosa de Felipe II...)²⁷: el ejemplo del pasado aplasta la modernidad en la intrascendencia de una tragedia ya sedimentada. La sensación de no encontrarse “hundido hasta el

²⁶ El concepto de *Ancien Régime*, clave del pensamiento reaccionario *mutisiano*, parece superar las fronteras establecidas de una etapa precisa de la evolución política y social de Occidente y aplicarse, genéricamente, a un pasado gobernado por la estética y el buen gusto, definitivamente derrotado por las corrientes racionalistas y revolucionarias del siglo XVIII. Declara el autor: “ (...) a partir de la Revolución francesa y del triunfo y la imposición del racionalismo como sistema para vivir y para interpretar el mundo, estamos perdidos. Hemos perdido la fe en lo mítico, en el lado oscuro que todos tenemos y de donde salen las verdaderas soluciones”» (Cf. Mutis, Álvaro. “Entrevista con Javier Aranda Lima”. En *Caminos y encuentros de Maqroll el Gaviero*. J. Ruiz Portella, editor. Barcelona: Áltera, 2001, p. 59).

²⁷ Entrevistado por Cobo Borda (“Soy gibelino, monárquico y legitimista”. En *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, pp. 252-253) acerca de su interés por la historia de países “exóticos” y lejanos, Mutis afirma: “ (...) fíjate que estamos hablando todo el tiempo de pueblos en peligro de extinción, de imperios a punto de derrumbarse. Yo los vivo como poeta, y los juzgo como poeta. Lo que histórica, social o políticamente representaron es muy secundario. Tal vez, en este sentido, sea importante Bizancio, porque yo sí creo que con su derrota, todo el mundo occidental perdió una carta importante. Pero en realidad yo los vivo como instancias poéticas: la Rusia del último Zar [...], los últimos samurais [...]”. Cada una de estas metas historiográficas adquiere un lugar integrado dentro de una generalizada reflexión poética que se centra en el tema del derrumbe de la cultura y del orden.

cogote”²⁸ en ninguna circunstancia significativa consagra la frecuentación de la biblioteca a exclusivo regocijo recreativo, erudito y sectorial, que aleja al héroe de su especificidad de personaje y lo confunde cada vez más descubiertamente con la personalidad intelectual de su autor, de cuyas “nostalgias imperiales” proviene indudablemente su visión.

En otro pasaje de *Amirbar*, la voz narradora nos revela haber conocido a Maqrol “durante uno de mis viajes de rutina por las Antillas en un buque cisterna de la Esso, cuando trabajaba para esa compañía”:

Maqroll era jefe de bombas y nuestra relación nació cuando lo vi abstraído, durante uno de los ratos libres, en un erudito tratado sobre la Guerra de sucesión de España. Entramos de lleno en materia, por ser ése un tema que también a mí me interesa, y coincidimos en el indudable derecho que cabía a Luís XIV de reclamar para su nieto el trono que dejaban vacío los Austrias²⁹.

En el “pasatiempo” histórico del Gaviero reside el germen de esa atracción mutua en la que se funda la escritura de la saga: el estado de *abstracción* provocado por la inmersión en el tratado erudito reduce las distancias entre el poeta obsesionado con la historia monárquica y el aventurero por mar. Y el módulo épico cae por su propio peso³⁰, dejando de una vez al descubierto la mano de Mutis, cuya política cultural, desde la actividad periodística (de la que nos ocuparemos en el siguiente apartado), coloniza el territorio de la ficción. Es Maqroll quien da el primer paso hacia la biblioteca, saliendo

²⁸ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones*, vol. II, p. 182.

²⁹ *Ibid.*, p. 191.

³⁰ En las grandes epopeyas del pasado quien escribe defiende una versión de la historia que pretende entregar a la posteridad, a través de la creación de un personaje que la represente, humanice y –sin contar el resultado– luce para que prevalezca. En este sentido, las obras memoriales encontradas en los estantes del Gaviero, proponiendo una versión ficcional del yo autobiográfico y describiendo su batalla con las corrientes revoltosas de la historia, producen un efecto bastante cercano al de la épica. Pero en el caso de las *Empresas y tribulaciones*, Maqroll y Mutis parecen luchar juntos para promover la memoria borrosa de una versión de la historia de cuyo fracaso ambos están enterados.

de su granítica caracterización narrativa: volviéndose menos *personaje* (personaje lector o metapersonaje) le permite a su autor construir esa recreación disfrazada de su personalidad biográfica que sustenta la narración del ciclo³¹.

La relación de Maqroll con “sus libros preferidos que hablaban de vidas ilustres y guerras olvidadas”³² constituye una barrera infranqueable, que le separa del mundo que le rodea.

Me había, pues, quedado solo y pasaba horas inmerso en las complicadas y apasionantes banderías de los realistas bretones y en sus feroces encuentros contra los azules. La densa materia histórica del exhaustivo libro de Gabory me mantenía a dos siglos de distancia del escándalo de vasos, voces, imprecaciones y risas que reinaba en el café³³.

—Qué tanto lee usted, carajo. Se va a volver ciego. Yo creo que los libros no sirven sino para confundirlo a uno. (...) Si todo eso pasó ya y todo el mundo está enterado, de qué sirve hurgar en esa huesamenta. Ocúpese de los vivos más bien, a ver si logra algo³⁴.

Las “historias” de Maqroll son letra muerta y los demás personajes parecen exigirle al protagonista inconstruido de su mundo ficcional una presencia más atenta y comprometida dentro de ese medio que debería coincidir con su realidad presente. La respuesta del Gaviero a Dora Estela —uno de los escasos ejemplos de perorata defensiva del extrañamiento cultivado por medio de la lectura— presupone una verdadera elección de bando:

³¹ Para Léfort, en sus novelas Mutis se libera de un alter-ego y crea un personaje perfectamente autónomo. Sin embargo, el desprenderse de Maqroll de la personalidad “poética” y “literaria” de su autor nunca llega a perfilarse del todo: la “biblioteca”, de hecho, reduce ostensiblemente el espacio narrativo salvado para las aventuras del héroe.

³² Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones*, vol. II, p. 389.

³³ *Ibid.*, p. 122

³⁴ *Ibid.*, pp. 100-101.

Le indiqué que los vivos suelen estar a menudo más muertos que los personajes de los libros y que estaba tan convencido de eso que y ni siquiera podía escuchar con atención a mis semejantes porque me daba miedo despertarlos³⁵.

De la sospecha inicial que ha movido hasta aquí mi análisis – que veía en la biblioteca la prueba de un encierro culpable, la figura de la derrota del intento de vivir heroicamente la realidad contemporánea–, a través del descubrimiento (o la invención) del pasado que allí se lleva a cabo, he pasado a vislumbrar en ella el lugar de la realización intacta a pesar de virtual de la personalidad del protagonista, sin que esto apacigüe la impresión de un placer abusivo que contrasta con las leyes del universo narrativo³⁶.

La *vida* dentro del código queda como obstaculizada por los libros.

Esto es lo que se infiere de algunos pasajes del relato “Jamil”, en el que aparece la única biblioteca real de todo el ciclo y donde el narrador-testigo tiene la oportunidad de conversar con otro intelectual acerca de los intereses historiográficos de su personaje. Mossèn Ferran –el cura de la localidad mallorquina en la que Maqroll está viviendo una etapa sedentaria que amenaza con alargarse indefinidamente– es el orgulloso dueño de la colección “más completa que existía en manos de un particular (...) sobre historia del reino de Mallorca”³⁷. El

³⁵ *Ibid.*, p. 101.

³⁶ En la novela *Un bel morir*, la lectura de la *Vida de San Francisco de Asís* de Joergensen produce un equívoco singular, un desfase de perspectiva entre Maqroll y el guía indígena que le acompaña por los senderos del páramo. El personaje de reparto piensa que el Gaviero esté rezando. En efecto, se puede considerar el libro como un vehículo “transcendental” que pone en comunicación a Maqroll con otros mundos posibles: si leer es rezar, la fuga del héroe no se dirigirá hacia lo divino, sino más bien hacia el pasado y hacia el mundo extratextual en general. En otro pasaje de la misma novela, la sospecha intelectual queda señalada como perjudicial para la sobrevivencia dentro del mundo aventurero. Doña Empera, la sabia locandera ciega de La Plata, le cuenta a Maqroll el triste final de la historia de su nieto: “Mi nieto [...] me leía mucho, sobre todo libros de historia. Los vendí cuando me lo mató la federal. Sospecharon que estaba en la guerrilla porque siempre andaba leyendo. Lo hacía sobre todo para distraerme” (Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. I, p. 215).

³⁷ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. II, pp. 386-387.

ilustrado clérigo se muestra tan comprensivo y solidario con las *digresiones* del Gaviero³⁸ que le reprocha al autor –del que ha leído los relatos y poemas dedicados al amigo común– el hecho de omitir culpablemente la vertiente más intelectual de su figura:

(...) el párroco de Sant Jaume pasó a mencionar mis relatos (...). Me indicó que, a su juicio, me falta aún mucho que descubrir del carácter de nuestro común amigo y me reprochó, no sin prudencia, el haber pasado muy de prisa por los episodios de la historia que el Gaviero, según el párroco, conoce mejor de lo que dejo entender en mis libros. Intenté argumentarle que siempre he tratado, en ese caso, de rehuir el desarrollo de tesis históricas que *deformarían el espíritu de mis narraciones y, aún más, de mis poemas*³⁹.

El personaje, a pesar de compartir con Maqroll el horizonte del texto, parece encontrar “narrativamente oportuna” su tendencia a perderse por los laberintos de la Historia. De su lado, el autor –rechazando pudorosamente esa sugerencia literaria– demuestra una inhibición que, en cierto sentido, le excluye de un círculo de complicidades cerrado:

Me llamó la atención lo bien que Mossèn Ferran conocía a Maqroll y pensé, no sin cierta invidia, en las animadas e interminables charlas durante las cuales se fue forjando esa amistad sostenida por comunes intereses en cuestiones históricas [...] ⁴⁰.

³⁸ La figura del parroco provinciano –en cuanto interlocutor privilegiado de las pasiones librescas del protagonista– remite explícitamente al ejemplo de *El Quijote*. Pero difícilmente podríamos imaginar a nuestro mossèn Ferran participar en el autodafé de la “biblioteca de Maqroll”, rígido censor de una sospecha cultural tachada de insana y peligrosa. Además, entre ambos personajes se registra una similar deformación interpretativa: la disparatada tesis del “ilustrado clérigo” mallorquí acerca de un hipotético protagonismo de la isla en la definición de los destinos “del occidente cristiano” revela la tendencia compensatoria a buscar lazos de integración posibles entre el propio horizonte existencial y los acontecimientos claves de la Historia, y constituye un doble especular del sueño interpretativo que cimienta las investigaciones eruditas de Maqroll.

³⁹ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. II, pp. 386-387. La cursiva es mía.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 388.

El juego es realmente curioso. Mutis, decidiendo autorrepresentarse en la pose de un narrador reticente y plagado por el complejo de una cultura que contradice la actividad vital, se queda fuera de una biblioteca modelada según sus gustos e intereses reales. Sólo más adelante, finalmente, los tres personajes se juntarán en el lugar que –aún provocando problemas diegéticos de difícil resolución– constituye el templo de la erudición histórica que los acomuna:

Mossèn Ferran me invitó a recorrer los estantes de su biblioteca. En efecto, allí albergaba auténticos tesoros, casi todos dedicados a la historia del reino de Mallorca. Entre los muchos que me sorprendieron estaban la edición en catalán de 1562 de la *Crónica* de Ramón Muntaner; otra, más antigua aún, del *Llibre dels feits* sobre el rey Don Jaime I y, desde luego, no podía faltar allí la obra completa del gran bizantinista francés del siglo pasado, Gustave Schluneger que, valga la verdad, fue lo que mayor envidia me despertó de los muchos tesoros acumulados por el clérigo amigo de Maqroll (...). Le expresé a nuestro anfitrión mi asombro por la riqueza de su biblioteca y el hombre no pudo contener una amplia sonrisa de satisfacción. En mi recorrido por los estantes me había acompañado el Gaviero. Por sus comentarios pude darme cuenta de que buena parte de aquellos libros le era ya familiar y de que su lectura había ocupado las largas horas de ocio que le dejaba su oficio de velador de astilleros abandonados⁴¹.

Nos encontramos ante una verdadera pausa del *récit*, un *locus amoenus* intelectual en el que el narrador y su personaje –libres de los papeles del módulo diegético y guiados por el ejemplo benéfico del parroco– se abandonan a la placentera contemplación de ese museo de la memoria que constituye su verdadera vocación. No parece casual, sin embargo, el hecho de que la aparición de la primera biblioteca real del ciclo

⁴¹ *Ibid.*, pp. 434-435.

se produzca en el que, hasta la fecha, sigue siendo el último episodio de las aventuras de Maqroll. ¿Sus *Empresas y tribulaciones* están destinadas, quizás, a encallarse en una biblioteca, en cuanto espacio simbólico del perfecto reconocimiento identitario que reúne de una vez para siempre la personalidad del héroe con la de su creador?

Por el momento, es preciso registrar una adherencia nunca hasta ahora tan autosatisfecha de Maqroll con una versión sedentaria de sí mismo, gratificada por lecturas sabrosas y disquisiciones eruditas. El astillero abandonado que constituye la morada mallorquina del cansado viajero es descrito como un lugar adecuado para la sistemación definitiva de esos libros imprescindibles hasta ahora condenados a una peregrinación constante:

Los astilleros de Pollensa se me antojaron [...] un refugio confortable en donde lo acompañaban sus libros preferidos que hablaban de vidas ilustres y de guerras olvidadas⁴².

Seguramente hay una relación muy fuerte entre la interrupción del itinerario de Maqroll y su primera frecuentación documentada de una biblioteca real. Por otro lado, esta imagen parece encontrar su doble en el gesto con que, en la primera novela del ciclo, el autor estrena la crónica de las empresas del Gaviero:

Uno de los placeres secretos que me depara el pasear por el Barrio Gótico de Barcelona es la visita de sus librerías de viejo [...]. En días pasados me interné por la calle de Botillers, y en ella me atrajo la vitrina de una antigua librería que suele estar la mayor parte de las veces cerrada y ofrece a la avidez del coleccionista piezas realmente excepcionales. Ese día estaba abierta. Penetré con la unción ritual con la que se entra al santuario

⁴² *Ibid.*, p. 389.

de algún rito olvidado [...]. Cuando apartaba algunos libros que me proponía comprar, me encontré de repente con una bella edición, encuadernada en piel púrpura, del libro de P. Raymond que buscaba hacía años y cuyo título es ya toda una promesa: *Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis Duc d'Orléans*, editado por la Bibliothèque de l'École de Chartres en 1865. Muchos años de espera eran así recompensados por un golpe de fortuna sobre el que de tiempo atrás ya no me hacía ilusiones⁴³.

No una biblioteca sino, más bien, una librería para coleccionistas. Pero el sentido no cambia: si los rastros del Gaviero se pierden entre los estantes llenos de libros de la colección privada de un párroco de provincia, el relato de sus romerías empieza, no tan azarosamente, durante la visita del autor a un santuario de reliquias bibliográficas destinado a colmar una laguna de su biblioteca⁴⁴.

Un *incipit* y un *explicit* ejemplares: el ciclo comienza con la entrada del autor en la biblioteca de la tradición y termina en el momento en que el personaje abandona su oficio, entrando a su vez en la biblioteca y explicitando así el lazo exclusivo que le vincula con la pasión arqueológica de su creador, dejando al descubierto los “hilos” librescos de su génesis.

⁴³ Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. I, pp. 17-18.

⁴⁴ Desde entre las páginas del precioso incunable saldrá en efecto un “cúmulo de hojas” escritas con letra insegura que descubriremos se trata del diario de a bordo de la primera aventura de Maqroll.

2. En la biblioteca de Mutis: el canon reaccionario de un “aficionado”.

En cuanto espacio imaginario, la biblioteca de Maqroll juega un papel importante: el de catalizar los contrastes internos que desmienten las aspiraciones épicas del ciclo. El libro del Gaviero constituye el objeto incoherente por medio del cual el autor pone de relieve el carácter abusivo y pretencioso del mundo que representa, revelando su necesaria “literariedad”. Las dos figuras especulares en las que Mutis decide desdoblarse al emprender su tarea narrativa –Maqroll, el héroe de acción en búsqueda de nuevos caminos en la actualidad y el narrador-cronista, letrado y escritor, que trata de transmitir sus gestas– vuelven a juntarse en la máscara borgesiana del eterno viajero de *La biblioteca de Babel*, en el intento de dar con el libro mágico que desvele, finalmente, el criterio de “catalogación” del mundo:

Para localizar el libro A, consultar previamente el libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de éstas, he prodigado y consumido mis años⁴⁵.

Se puede vincular a una percepción similar de cansancio y frustración del intelecto la aventura que empuja a Maqroll a salir de la biblioteca y recrearse en la página literaria bajo el aspecto de viajero y aventurero real⁴⁶, para luego verse obligado –a

⁴⁵ Borges, Jorge Luis. *Obras completas I (1923-1949)*. Barcelona: Emecé Editores, 1989, p. 469.

⁴⁶ En una entrevista radiofónica de 1955 para la emisora colombiana HJCK (En *De MUTIS a Mutis*. F. Rodríguez Amaya, editor. Imola: University Press Bologna, 1955, pp. 334-337), Mutis improvisa un verdadero microrelato delirante en el que construye *la vida que le hubiera gustado vivir* en la corte “de su Muy Católica Majestad el Rey Felipe II”. Contestando a la pregunta de Gloria Valencia de Castaño que le invita a explicitar el rol que le hubiera gustado desarrollar en esa privilegiada contingencia histórica (“¿Y hubiera usted cultivado, entonces, como hoy, la poesía, las letras?”), Mutis reniega de su actual condición de escritor: “No, no es ése un oficio de grandes”. La conversación irradia una inconfundible ironía que ya nos recuerda la del mejor Maqroll novelesco; sin embargo, no deja de ser significativo el hecho que el autor describa la literatura como una segunda elección, una substitución obligada por las circunstancias de un presente degradado. Se está forjando el destino de Maqroll *chuan extraviado* y hombre de letras *malgré lui*. Por lo menos en la ficción de la historia no hay espacio para la biblioteca entre las prioridades existenciales del autor.

raíz del fracaso— a dar marcha atrás. Pero si Borges objetiviza su reclusión intelectual bajo la forma de una parábola metafísica, convirtiendo la biblioteca, con su esencial inutilidad, en metáfora de los caminos del mundo, Mutis parece no llegar nunca a solucionar el desajuste entre el orden de las letras y el desorden de la vida, y la reintegración de su protagonista dentro de la reflexión cultural que le ha generado ha de ser percibida como un doliente repliegue, animado por una imponente carga censoria.

En su reseña a un libro de entrevistas de Anna Ajmatova, Mutis expone con letras claras el resentimiento por el abismo que separa el reino de la cultura —gimnasio del espíritu— del mundo actual —en el que se ampara el materialismo más deshumanizado—:

Es por eso que el libro de Lidia Tchukovaskaia me parece otro de esos cada vez menos frecuentes pero más necesarios alegatos del hombre a favor de la preeminencia y la salvadora función del espíritu, en un mundo que se precipita en idiota frenesí hacia la oscuridad de un materialismo asfixiante y sin sentido⁴⁷.

En éste, como en muchos otros interventos de crítica literaria del autor⁴⁸, la biblioteca se convierte en ejemplar terreno de batalla en el que se hace posible medir el peso de la pérdida, la degeneración contemporánea con respecto a la primacía moral y estética de un patrimonio cultural por defender. Distinto a Borges, el otro gran “bibliotecario” de la literatura hispanoamericana del siglo XX, Mutis abre una vorágine entre la biblioteca y el mundo, convirtiéndolos en polos opuestos, cuya dificultosa reunión justifica y estructura la utopía de su escritura. Los títulos citados aspiran a ser percibidos como ejemplares de un proyecto que no se puede tachar de pedagógico: serán esos

⁴⁷ Mutis, Álvaro. *De lecturas y algo del mundo*. Barcelona: Seix Barral, 2000, p. 43.

⁴⁸ Acerca de la tupida red de externaciones, reseñas, pórticos y entrevistas con las que desde siempre Mutis ha acompañado su labor literaria, resulta iluminador el comentario de Rodríguez Amaya, que subraya cómo el autor “haya ido tejiendo con el paso de los años, un aparato de referencias que [...] crea [...] una prolongación de sus escritos” (*De MUTIS a Mutis*, p. 281).

libros y no el concepto genérico de libro lo que alumbraba la aventura del hombre moderno. Donde la parábola borgesiana tendía a nivelar las diferencias –entre biblioteca y vida, entre un libro y otro– en la creación enciclopédica de un catálogo infinito, gobernado por el caos y por una omnicomprensividad intelectual que volvía inútil toda búsqueda⁴⁹, la biblioteca de Mutis se demuestra en todo sentido regida por el criterio firme de la elección.

Con la creación de su héroe, Mutis se comprometía a llevar el ideal de su biblioteca al mundo ciego y sordo de la civilización contemporánea. Pero el hecho de promover un canon de lecturas olvidadas se convierte, en un momento dado, en la única empresa posible, continuación ideal de ese programa de “corrección” del mundo degradado del que el ciclo novelesco ha explorado las fisuras irremediables. Este aspecto queda evidenciado en un texto que Mutis dedica a Valéry Larbaud, escritor hacia el cual demuestra sentir una afinidad especial. En la conferencia que lleva el título de ¿Quién es Barnabooth? –pronunciada en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México– Mutis razona sobre la figura heterónima salida de su pluma y los vínculos que ésta guarda con la biografía y la psicología de su autor. A. O. Barnabooth es un multimillonario peruano, “rico *amateur*”⁵⁰, letrado aficionado (en su nombre se rubrican “un cuento corto con mucho de fábula moral y un breve número de poemas”) y, sobre todo, viajero incansable:

Las circunstancias de la aparición en el mundo de las letras del personaje, la razón de su existencia, pertenecen tan por entero al mundo particular de las preferencias, al mar-

⁴⁹ Cf. Borges, Jorge Luis. *Obras completas I (1923-1949)*. Barcelona: Emecé Editores, 1989, p. 468: “Hay buscadores oficiales, *inquisidores*. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario, alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada”.

⁵⁰ Mutis, Álvaro. *La muerte del estratega (narraciones, prosas y ensayos)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 185.

co de la vida de su autor y artífice, que ambas se mezclan y se confunden en muchos puntos, cuando no van paralelas por larguísimos trechos. (...) la identidad existente entre A. O. Barnabooth, el rico *amateur*, y Valéry Larbaud, el amable erudito y hombre de letras por excelencia, (...) sólo deja de existir cuando el personaje cumple con ciertos dictados del destino que le es imposible atender al autor. Y esto es natural si se tiene en cuenta la ilimitada libertad de que gozaba Barnabooth en manos de quien tuvo tan poca en la infancia y casi ninguna en los sombríos años en que la parálisis lo dejara inmóvil y mudo hasta el día de su muerte⁵¹.

La triste parábola existencial de Larbaud quien, durante gran parte de su vida, parece encarnar el ideal y el ejemplo clásico del hombre de letras completo –poseedor de una cultura exquisita pero también sediento de experiencias que le llevan a correr los caminos del mundo– desbarata la compenetración entre autor y personaje y se convierte para Mutis en el conmovedor ejemplo de una reclusión obligada y total dentro de la biblioteca, y aún más de la escritura vivida como valor de compensación:

He querido pasar fugaz y succinctamente por esta vida llena de esencias y de riqueza cordial, precisamente para dejar que sea A. O. Barnabooth quien nos diga, a través de esa pudorosa tercera persona que son los personajes, cómo pensaba, cómo vivía o hubiera querido vivir y cuáles fueron las pasiones confesadas y secretas de Valéry Larbaud⁵².

¿Hay que considerar a Maqroll como esa “pudorosa tercera persona” a través de la cual Mutis expresa “cómo hubiera querido

⁵¹ *Ibid.*, p. 185.

⁵² *Ibid.*, p. 187.

vivir”⁵³? Recorrer, siguiendo los pasajes de la conferencia, los múltiples puntos de contacto entre quien interpreta y el objeto de su interpretación pone al descubierto la interiorización por parte de Mutis de un modelo cultural admirado en el que vida y literatura corrían paralelas integrando las respectivas faltas. Pero tanto Maqroll como Barnabooth dejarán al descubierto lo ilusorio del disfraz. El millonario peruano rechazará la libertad ficcional de su *grand tour* europeo y, en un gesto de honda frustración, borrará sus propias huellas, enterrándose en los salones repletos de libros de su elegante morada. Así dice la última página de su diario:

Publicando este libro me desembarazo de él. El día que aparezca será el mismo en que dejaré de ser autor. No reniego de él por entero: él termina y yo comienzo. No me busquéis en él; yo estoy en otra parte, estoy en Campamento, América del Sur⁵⁴.

Se pierde el personaje y renace la persona biográfica del autor, que desvela la limitación de su reino⁵⁵.

⁵³ Cf. Pacheco, Cristina. “Se escribe para exorcizar a los demonios”. En *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, p. 245. En la entrevista Mutis declara: “(...) el Gaviero es todo lo que no he sido, también lo que he sido y no he confesado, todo lo que desearía ser, todo lo que debí ser y no fui. El Gaviero es un trasunto mío: es mi gloria”. Resulta interesante completar la información con la respuesta de Mutis a una pregunta de R. Jaramillo (“Una visita al mundo ceremonial de Álvaro Mutis”. *Ibíd.*, p. 277): “¿Cuál es la vida que hubieras querido vivir? – (...) La vocación verdadera. Yo hubiera querido vivir en un mundo que me permitiera cumplir, en forma continua, fecunda, con un deber muy preciso, al servicio de un ideal grande, noble, siempre de orden trascendente”. En estas palabras reside la clave interpretativa de la vocación épica de Maqroll, además de un grito acusatorio hacia la condición postmoderna del hombre.

⁵⁴ Mutis, Álvaro. *La muerte del estratega*, p. 199. Cito de la traducción al castellano del mismo Álvaro Mutis.

⁵⁵ Es notable que también Larbaud acabará por construir la biblioteca virtual de su héroe. Y Mutis no podrá hacer otra cosa sino destacar este aspecto: “En cuanto a los poetas preferidos por Barnabooth son los mismos que prefiere Valéry Larbaud: entre los extranjeros Walt Whitman, José Asunción Silva, James Withcombe Riley, Hugo von Hoffmannstahl, y entre los franceses Rimbaud, Viéle-Griffin, Henri de Regnier, Francis Jammes, Claudel y Maeterlinck” (Cf. Mutis, Álvaro. *La muerte del estratega*, p. 189).

En las páginas que quedan me dedicaré a dar testimonio del “vicio impune”⁵⁶ de Álvaro Mutis, dibujando el perfil de esa biblioteca más amplia de la que la de Maqroll representa una reducida, aunque significativa, porción. Si documentando el ruín impacto que tiene lo real en la cruzada heroica del Gaviero el silencio piadoso y el pudor prevalecen sobre los rastros dejados por la biblioteca dentro del ciclo de aventuras, desde los textos críticos de los que me serviré se trasparenta todo el peso de una oposición cultural sin complejos, de una identificación plena del autor con el papel del intelectual, que se convierte en árbitro ético y estético para una humanidad desorientada.

En las intervenciones literarias mutisianas –recogidas por Santiago Mutis Durán en *De lecturas y algo del mundo*– se respira un aire de honda nostalgia hacia una época más sensible y permeable a las directivas de la biblioteca. De un lado están las *letras* y, del otro, el *mundo*. Después de haber sido matizado hasta desvanecer el sueño de una integración utópica, de un mundo vivido según los ideales y el ejemplo de las más altas herencias de la tradición –es el supremo momento simbólico en que Maqroll se retira a la biblioteca–, Mutis se dedica a delatar el dato incontestable de una culpable separación, calificándose en la ciudadela muraria de sus *lecturas* para analizar esa pequeña porción de realidad –*algo del mundo*– sobre la cual cuenta todavía con poder influir.

Me di cuenta con espanto que los poetas viven cada vez más adentro de una condición marginal y ajena al macabro carnaval de nuestro tiempo y que en éste, como era obvio esperarse, no tienen cabida y más bien resultan testigos incómodos de un proceso de destrucción que tiene mucho de suicidio y no poco de renuncia de una especie a seguir existiendo en el planeta en el que apareció por un extraño azar propiciado por los dioses.

⁵⁶ *Ese vicio impune, la lectura* es el título de la obra no ficcional de Larbaud, consagrada “a reevaluar o descubrir nuevos nombres”, a salvar del olvido, dándoles su justo peso histórico, a los libros de su biblioteca ideal.

¿Habrá sido siempre así? No lo creo. Antaño los poetas fueron escuchados como voces del destino, como propiciadores de un orden sagrado, como los detentores de las más secretas razones que tiene –o tenía– el hombre para negar la nada⁵⁷.

La impresión de una derrota histórica de los “poetas” connota cada una de estas reseñas, pero el escritor no se queda satisfecho con una contemplación victimista de su aislamiento, más bien se convierte en testigo incómodo de la rasgadura y “promueve” su biblioteca como puente ideal de continuidad con el pasado. En última instancia, su vicio se revelará realmente impune; más allá del valor simbólico de su orgulloso regreso estratégico a la cárcel de la emarginación cultural, Mutis se demuestra anclado a una visión militante del saber que, al fin y al cabo, no se aleja demasiado de la utopía *in itinere* del Maqroll caballero andante.

Las sentidas palabras pronunciadas en ocasión del suicidio de Mishima elogian el ex-abrupto desesperado y orgulloso del que ha decidido no pactar con la ruina. Mutis define al escritor japonés y a sus seguidores como “los últimos servidores de un ideal caballeresco anterior al de los Amadises, Durandartes, Oliveros y Tristanes de la Europa medieval”⁵⁸:

Yo creo que en la muerte de Mishima debemos ver [...] la expresión elocuente y definitiva de su rechazo a un mundo para él por completo inaceptable⁵⁹.

Mutis revalora lo emblemático del suicidio ritual del samurai como un intento de volver a imponer una norma y Mishima se convierte en una de las muchas máscaras de su privado carnet de afinidades electivas:

(...) no es desde el desencanto de un escepticismo anárquico que Mishima juzga nuestra época. Es desde la

⁵⁷ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p. 202.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 37.

compleja, densa y substancial estructura de normas que rigen la conducta cotidiana de un hombre, llenándola para él de sentido y de trascendencia⁶⁰.

O sea, antes había un orden –el de los caballeros medievales, de los samurai, de los *honnêtes hommes* del Ancien Régime, poco importa–, un orden “ético y, también, principalmente, estético”⁶¹ que acompasaba la vida de los hombres, de tal forma que percibieran el sentido de la existencia. Ahora queda tan sólo la que se define como “cosificación”:

La culpa es de nuestro tiempo y de su desoladora y gris necesidad, cada vez menos humana y más sosa⁶².

La retórica de la invectiva hacia el presente es una constante. Es una obligación precisa del hombre de letras restituirle a la humanidad un código de conducta perdido. En el artículo titulado “Recintos de un espíritu”, Mutis nos ofrece una espléndida clave de lectura para comprender el sentido de su operación cultural. El autor comenta la biblioteca privada de Luis Barragán, noto arquitecto mexicano. Visiblemente impresionado ante la vastedad de los intereses culturales del que define “un hombre de letras y [...] un hombre con un hondo sentido religioso de la existencia”⁶³, comienza diciendo:

No creo que exista manera mas fiel y directa de conocer a una persona que visitar su biblioteca. Los libros que han acompañado toda una vida son los testigos elocuentes de los más secretos rincones de un alma. No hay retrato igual⁶⁴.

⁶⁰ *Ibíd.*

⁶¹ *Ibíd.*

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*, pp. 113-114.

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 113.

Para luego añadir:

(...) conservar la biblioteca de Luis Barragán es una obligación indeclinable de quienes todavía esperan que el destino de nuestra especie no esté dictado por las computadoras y la vulgaridad de una sociedad de consumo de avidez repugnante. Una voz y una obra como las de Barragán nos están llamando al orden⁶⁵.

No queda ninguna duda de que el valor principal rescatado en la imagen de la biblioteca es el de sólida y eficaz metáfora de orden y rigor espiritual al alcance para contrastar la barbarie caótica de la realidad. Si la biblioteca de un hombre está considerada a la altura de llevarnos a “los recintos del espíritu”⁶⁶, una buena biblioteca constituye un patrimonio irrenunciable que remite, hasta el infinito, a las bibliotecas de los autores de los libros que la integran y es digna de conservarse, difundirse y promoverse como un manifiesto. La esperanza de Mutis queda expresada elocuentemente: hurgando entre los libros de un catálogo ideal, el hombre moderno tiene la posibilidad de recorrer “los senderos por donde se pierde y confunde el pasado”⁶⁷, a la búsqueda de las huellas ocultas de un humanismo hoy en día latente, pero palpitante en los archivos de la historia. Dejar constancia de las directrices de esta búsqueda es el oficio que Mutis le confía, clásicamente, al intelectual, y con aún más precisión, es el proyecto unitario que acomuna el recurso literario de la *biblioteca de Magroll* con las piezas periodísticas de su autor⁶⁸.

Desvelados los principios basilares que definen los objetivos de las sugerencias de lectura de Mutis, trataré de poner orden en la “biblioteca”, catalogando por grandes series temáticas los

⁶⁵ *Ibid.*, p. 115

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*, p. 114.

⁶⁸ Muy *mutisiana*, sin duda, resulta en esta perspectiva la operación con la que se reúnen las huellas de lectura del escritor llevada a cabo –“sumando a sus artículos algunos prólogos a libros de poetas y escritores queridos por él y los textos de uno que otro catálogo de lectura”– por Santiago Mutis Durán quien, estructurando el libro que le dedica a su padre como un desenfadado paseo por su biblioteca, se demuestra un agudo e inteligente lector de su obra.

artículos que integran la selección. Un primer grupo vistoso de *lecturas* concierne a los clásicos de la literatura universal. Poetas y novelistas que en todo caso tienen que aparecer en la moderna “biblioteca del espíritu”. Faulkner (sobre el cual el autor se pronuncia dos veces), Joyce, Apollinaire, Proust, Pérez Galdós, Octavio Paz y muchos otros quedan sometidos por Mutis a una atenta segunda lectura apta para volver a evidenciar su valor duradero e intocable. A Anatole France se le dedica un artículo titulado “Alegría de releer” que atestigua el sentido polémico de este lúcido regreso a un restringido cenáculo de autores canónicos:

(...) hastiado con lo que periódicamente aparece como novedad literaria, perdido todo apetito por lo insulso del estilo y la pobreza de temas que se repiten con monotonía desesperante, me entrego cada vez con mayor frecuencia al útil y recomendable placer de la relectura⁶⁹.

Severamente crítico tanto hacia modas y tendencias efímeras como hacia la impermeabilidad del contexto contemporáneo ante las sugerencias de la literatura, Mutis prefiere reconfirmar el valor de las lecturas con las que se ha formado. La fidelidad absoluta profesada hacia la práctica de la relectura introduce en el criterio de catalogación una dosis importante de nostalgia regresiva⁷⁰.

En el artículo “Miguel de Cervantes: 450 años”, “antes de decir por qué el Quijote ha sido mi libro favorito”⁷¹, el escritor

⁶⁹ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p. 173.

⁷⁰ Cf. Pacheco, Cristina. “Se escribe para exorcizar a los demonios”. En: *Tras las rutas... (1981-1988)*, p. 247: “¿La relectura te interesa en la medida en que es un reencuentro? – Tal vez, pero sobre todo porque es estar siempre en los caminos ciertos. Son autores con los que ya tengo una seguridad”. Donde la entrevistadora tiende a subrayar precisamente ese carácter emocional, nostálgico, inherente a la práctica de la relectura, Mutis hace hincapié en su difidencia hacia las novedades, en última instancia, en una visión fundamentalmente conservadora de la literatura. En otra entrevista, el autor declara expresamente su desconsolada visión del panorama editorial contemporáneo, respecto al cual la única ruta de salvación posible parece ser la consciente y programática vuelta a los clásicos: “Como hemos llegado ya al fondo del barril, no queda más remedio que agarrar los II tomitos de La Pléyade y releerse a Balzac entero” (Cobo Borda, Juna Gustavo. “Soy gibelino, monárquico y legitimista”. En: *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1981-1988)*, p. 257.

⁷¹ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p. 91.

colombiano hace inventario de “los autores u obras que frecuento con mayor asiduidad”:

En mi caso, acuden de inmediato los nombres de Proust, L. F. Céline, Charles Dickens, Valéry Larbaud, Montaigne, Gogol, Blaise Cendrars, Racine, Rimbaud, Joseph Conrad y algunas otras sombras tutelares⁷².

Contra la “fiebre de novedad, de forzada originalidad que ahora nos aqueja”⁷³, el intelectual se siente legitimado para recuperar sus recuerdos privados de lector, remitiendo a una relación íntima y personal con el libro. No podríamos estar más lejos de la promulgación de leyes y teorías por el estilo de las que, en el debate cultural contemporáneo, aspiran a fundar un rígido canon occidental⁷⁴. Sin embargo, se sobreentiende que la relación vital y simbiótica que cada lector puede esperar construir con algunos especiales títulos puede provenir tan sólo de la intrínseca calidad literaria –o, más genéricamente, humana– de sus elecciones. Dentro de la biblioteca de Mutis no hay normas, pero, ciertamente, hay ejemplaridad.

El segundo grupo de lecturas mutisianas deja constancia del intento de volver a descubrir y valorar a “los olvidados”. Aquí, el autor archiva los que define “mis clásicos secretos”, libros impiadosamente dejados de lado por la resaca de las corrientes de la moda y que quedan a la espera de un segundo y más atento juicio. El artículo que lleva el título de “Alvaro Cunqueiro: descubrimiento y asombro constantes” documenta su descubrimiento tardío del escritor gallego:

Para fortuna de mis lectores, la ausencia de la más mínima huella de formación académica y mi probada incapacidad de ejercer el tortuoso camino de la crítica lite-

⁷² *Ibid.*, p. 92.

⁷³ *Ibid.*, p. 93.

⁷⁴ Aquí remito, obviamente, al más notorio y vistoso intento canonizador de la crítica contemporánea: el llevado a cabo por Harold Bloom. *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama, 1995.

raría, les evitará que me arriesgue a intentar un juicio que sitúe a Cunqueiro en el lugar que le corresponde en la historia de las letras de nuestro idioma. Yo creo que es un sitio de excepción⁷⁵.

La inadecuación declarada –llena de ironía hacia el *establishment* de los profesionales de la cultura– esconde la voluntad de proponer el recorrido natural de una lectura sorprendentemente gratificadora como base única y suficiente para el reconocimiento de un clásico. La impaciencia hacia toda forma de política académica sostiene la ironía del *lector viejo* ante la crítica más à la page:

Después de cierta edad nuestras lecturas se van volviendo más selectivas, menos difusas y circunstanciales; nos inclinamos más al decantado disfrute de la relectura, ejercicio altamente recomendable para lectores impenitentes y del que podemos recibir lecciones harto sorprendentes. Caemos, del mismo modo, en el rechazo de los libros que nos recomiendan con el sospechoso imperativo de “HAY QUE LEERLO”. Sobre ese “HAY QUE” ya hemos tomado, por nuestra cuenta y riesgo, una actitud de reserva que llega a ser impenetrable.

En el panorama de las letras españolas [...] un escritor como Cunqueiro rescata, en empresa casi solitaria, una venerable tradición que ya cumplió el milenio. Me he impuesto como tarea el recomendar fervorosamente a los jóvenes la frecuentación de una obra que, por encima de modas y modos cuya esterilidad nos está asfixiando, continúa la gran lección (...) ⁷⁶.

Más allá de la evaluación específica del autor mencionado, me parece importante subrayar que las añadiduras al canon promovidas por Mutis van todas en el sentido de la necesaria

⁷⁵ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p. 117.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 118.

continuidad con una tradición concebida como imperfeccionable. Incluso en el caso de las propuestas más originales, la actitud cultural del autor rechaza por juveniles y efímeros los criterios revolucionarios de un hipotético “contracanon”, incapaz de producir valores literarios duraderos. Guiados por el faro de lo intemporal estético, se vislumbran los nombres y los rostros de los grandes olvidados de la galería de Mutis: el argentino José Bianco, cuyo libro “pasó casi inadvertido porque se publicó en 1972 cuando la histeria del *boom* llegaba a sus más lamentables excesos”⁷⁷, el poeta Carlos Martínez Rivas, alabado quijotescaamente en *Reproche por un poeta inédito*, el novelista brasileño José Luis do Rego (galardonado con el membrete de “un Balzac de la caña de azúcar”⁷⁸), el cubano Eliseo Diego, el surrealista chileno Ludwig Zeller, el novelista austríaco Alexander Lernet-Holenia y el checo Franz Werfel⁷⁹. Cada uno de estos personajes adquiere, en el retrato, una estatura titánica: los grandes desconocidos, sacrificados en el altar de un deseo consumista de novedad y flamantes modas pasajeras, se convierten en verdaderos paladines de la lucha del espíritu, huellas supérstites de humanidad intacta culpablemente sepultadas, enterradas vivas, y sin embargo disponibles al alcance de la mano en el espacio ideal de la biblioteca. La impresión general es que Mutis está sencillamente cotejando con su escasa fortuna los libros “que deslumbraron

⁷⁷ *Ibid.*, p. 31.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 68.

⁷⁹ Para estos dos últimos ejemplos podríamos hablar de una subcategoría, que destaca por precisas preocupaciones temáticas. La lectura de ambos autores atestigua la que podríamos definir como *nostalgia del Imperio*. Escribe Mutis: “Franz Werfel es tal vez el más brillante y el más difundido de ese destacado grupo de escritores que asistieron al ocaso y desaparición de su país, el imperio Austrohúngaro (...). Franz Kafka, Arthur Schnitzler, Hugo von Hoffmanstahl, Robert Musil, Herman Broch, Gustav Meyrink, Joseph Roth y tantos otros que gozaron de menos popularidad que los nombrados (...) (Mutis. Álvaro. *De lecturas y algo del mundo*, p. 104). Con Maqroll –quien, como hemos demostrado, revela una marcada preferencia literaria por las crónicas de los imperios morentes– podríamos añadir al elenco Italo Svevo, Paul Celan, Sandor Marai y Robert Walser, hipotizando para Mutis una atención especial por los escritores de la Mittel-Europa que fueron testigos del desmoronamiento de ese enigma anacronista que fue, en su último periodo, el Imperio Austrohúngaro. En una entrevista para el suplemento literario de *El mundo (El cultural)*, 14/11/2002, pp. 6-7), también el premio Nobel surafricano J. M. Coetzee, destaca la mirada de admiración que, por muchas partes, la fragmentada y particularista cultura contemporánea parece lanzar hacia las nobles ruinas del último sueño imperial vivido en tierras europeas.

nuestra adolescencia y nuestra juventud”⁸⁰ empujado por una nostalgia privada que tiende a evidenciar su romántico destino de víctimas del olvido:

Ya hemos caído en la villonesca lamentación que conduce a la autopiedad estéril, a la *saudade* innecesaria⁸¹.

El escritor colombiano registra el carácter regresivo de su argumentación y, lejos de renegararlo, busca encarrilarlo propositivamente, aludiendo a la necesidad de hacerse preguntas sobre los caminos caprichosos de la memoria humana. Incapaz de “desentrañar el secreto fenómeno inusitado y a menudo absurdo que llamamos un clásico”, así como de aceptar las instrumentalizaciones del mercado editorial, Mutis se contenta con abrir humildemente las puertas de su biblioteca privada, propiciando un ejemplo de su personalísima relación con los interlocutores culturales de toda una vida. Es esta humanización de la relación cultural que aspira a convertirse en canónica.

El tercer estante de la biblioteca reúne las lecturas de tema histórico⁸². Como hemos visto en la descripción de la biblioteca de Maqroll, es justamente este aspecto de su personalidad de lector el que Mutis decide transmitirle a su personaje, que herederá, entre otras cosas, también las oscilaciones receptivas que cabe entender de las palabras de su autor. Por un lado, la lectura histórica es vista como un estímulo para el ejercicio crítico, que de la posibilidad de comparar episodios

⁸⁰ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p. 142.

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² Cf. Pacheco, Cristina. “Se escribe para exorcizar a los demonios”. En: *Tras las rutas* (1981-1988), pp. 243-244: “He tenido dos aficiones, dos vertientes en mi vocación de lector. Desde muy joven, casi desde niño he leído historia. Me fascina la historia, así como no me interesa, no entiendo en absoluto, no me dice nada la política del tiempo presente, de mi tiempo [...]. Cuando la política y los hechos se han vuelto historia a mí me fascina”. Cf. también Sefamí, Jacobo. De *la imaginación poética. Conversaciones con Gonzalo Rojas, Olga Orozco, Álvaro Mutis y José Kozzer*. Caracas: Monte Ávila, 1996, p. 143: “La historia es una inmensa ficción. No sabemos que pasó. Realmente no sabemos”. Uniendo estas dos externaciones, podemos avanzar la hipótesis de que tanto la vertiente literaria como la histórica de las lecturas de Mutis responden a una única generalizada pasión por los “relatos”, las “historias” que, en cuanto “textos”, conforman el gran Libro de la Tradición.

y ejemplos aprende un desencantado criterio de lectura de la actualidad:

Es en estos relatos donde podemos ver con mayor evidencia cómo y donde se inició la descomposición de un mundo que hoy vemos agonizar sin grandeza ni memoria, entre el paraíso de neón de los supermercados y las guerras fabricadas como brillante negocio⁸³.

Por el otro, la necesidad de conformarse con lo que define “nuestro destino de testigos del pasado” implica también el hecho de reconocer nuestra condena, implícita en el papel castrador del espectador pasivo, que lleva Mutis a un uso “diletante” de las fuentes, a una inclinación “ingenua” “por recorrer los caminos de la historia de Occidente, afición de lector desordenado y sin más método que un apetito siempre insatisfecho”⁸⁴ Una debilidad privada del gusto, entonces, un sueño regresivo de intacta nobleza, coherente con la versión estetizante del pasado que emana de textos poéticos ejemplares como los de la recopilación *Crónica regia*, donde se recrea el blasón de la España de Felipe II. Se desvela así el juego de una atracción fatal y *a priori*:

Me resulta de notorio alivio recorrer de cuando en cuando las páginas de algunos historiadores de la antigüedad, sobre todo para recordar que no siempre el mundo estuvo regido por la mediocridad, la tartufería y el *lumpen* político que hoy nos abruma por dondequiera que volvamos la vista⁸⁵.

Ningún ejemplo de barbarie y decadencia que el historiador pueda encontrar en un pasado más o menos lejano puede, en realidad, alumbrar satisfactoriamente el desastre contemporáneo:

Hay una diferencia fundamental [...]. Por apocalípticos y funestos que fueran los años del siglo XIV, el hombre miraba hacia lo alto fortalecido y amparado por la certeza de

⁸³ Mutis, Álvaro. De lecturas y algo del mundo, p.106.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 127.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 109.

un destino superior. Hoy reptamos en las tinieblas de un racionalismo idiota y descansamos en la miserable certeza de un progreso que sólo se manifiesta bajo el neón de los supermercados⁸⁶.

El ejercicio comparativo puede resultar útil sólo si se acepta salvar las debidas distancias. Arguyendo sobre la desastrosa connivencia entre “los militares y la [...] clase dirigente [...] en ciertos países de América Latina”⁸⁷, Mutis concluye:

Guardadas todas proporciones, la Roma de la decadencia cometió el mismo suicidio, pero al menos lo hizo con la demente grandeza que consignaron Suetonio y Tácito⁸⁸.

La originalidad de la filosofía mutisiana de la historia queda grabada en la imprescindible premisa: “Guardadas todas proporciones”.

Clásicos, clásicos secretos y clásicos de la historia le sirven al escritor para una ambiciosa empresa de promoción cultural, que habrá que entender como una brújula de orientación para un nuevo humanismo. Sin embargo, la impresión de un activismo intransigente queda matizada por el dato de un criterio declaradamente “no profesional” que tiende a poner modestamente en el centro del acto político que toda canonización conlleva necesariamente la visión nostálgica de un lector impune, que se pasea emocionado entre los *libros de cabecera* que le han acompañado durante toda su vida. Si la restauración de la tradición queda señalada como punto de llegada de un movimiento que se proclama acérrimo enemigo de la modernidad, con los escritos recopilados en *De lecturas y algo del mundo*, Mutis aspira a verse reconocido como el último epígono de la noble casta desaparecida de los letrados de vieja cuña⁸⁹, para quienes el gusto refi-

⁸⁶ *Ibid.*, p. 178.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 184.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 185

⁸⁹ En el título del artículo que conmemora el centenario del nacimiento de Valéry Larbaud (*Novedades*, México, 2 de mayo de 1981) se hace patente la admiración *mutisiana* por una venerable tradición venida a menos: *El último hombre de letras*.

nado y la pasión por el libro no animaban polémicas académicas y estériles diatribas teóricas, sino más bien la cultura formaba parte de la vida del espíritu, se conformaba como un “ejercicio espiritual” que definía sencillamente lo específico del ser humano. Los libros –compañeros de viaje “de carne y hueso cuya amistad nos es indispensable”⁹⁰– son recuerdos de “trascendencia”. Es quizás la del artículo “Juan José Arreola recuerda” la imagen simbólicamente más significativa del entero conjunto:

Qué refrescante experiencia ésta de oír a un escritor evocar su vida sin esconderse ni escudarse en el rebuscado intelectualismo, que sólo dice de la muerte del espíritu, o en la empobrecida argumentación a favor de ideas y sistemas de necesaria moda entre quienes renegaron ya para siempre de la aislada e innegociable condición de individuos⁹¹.

La misma impresión de frescura y falta de dogmatismos sorprende al lector ante los diálogos culturales de Mutis.

La biblioteca de los clásicos, pues, aparece como referencia imprescindible para activar la crítica de una humanidad desbandada. Pero la ambigüedad encontrada en la evaluación global de la obra del escritor colombiano –que vive en el limbo entre pasado y presente, realidad e imaginación, nueva épica del espíritu y fuga postmoderna– queda, en última instancia, sin solución. La biblioteca de Mutis se queda en una encrucijada: ¿estrella polar para una política o torre de marfil de la utopía regresiva?

⁹⁰ Mutis, Álvaro. *De lecturas y algo del mundo*, p. 92. Mutis se refiere aquí a una serie de la televisión mexicana emitida a principios de los Ochenta –*Memorias improvisadas*–, en la que escritores e intelectuales en general compartían con los espectadores el relato de su formación.

⁹¹ *Ibid.*, p. 58.